

PAES MANSO, BRUNO (2020). *A REPÚBLICA DAS MILÍCIAS. DOS ESQUADRÕES DA MORTE À ERA BOLSONARO*. SAO PAULO: TODAVIA.

Antonio Fuentes Díaz

Instituto de Ciencias Sociales y Humanidades, Benemérita Universidad
Autónoma de Puebla. Puebla, México
ORCID: 0000-0002-4575-9462
anfudi@gmail.com

A República das Milícias. Dos Esquadrões da Morte à era Bolsonaro, es un libro de actualidad por la relevancia política del escenario brasileño y por la emergencia global de organizaciones civiles armadas que ejercen funciones de seguridad y gobierno. Basado en una profunda investigación de campo, Bruno Paes Manso escribe un libro imprescindible para entender la complejidad en la producción de gobernanzas criminales contemporáneas en las democracias formales y de manera particular la hibridación de las formas de gobierno en vinculaciones con los grupos criminales en Brasil.

El autor se pregunta: ¿Cómo es que más de la mitad de Río de Janeiro, más de 4 de millones de personas, radiquen en territorios gobernados por las milicias? ¿Cómo sucedió que miembros de las fuerzas de seguridad se volvieron competidores del narcotráfico por el control de los territorios? ¿Cómo estos grupos armados, de tendencia paramilitar, se incrustaron en las estructuras del gobierno formal?

En los últimos años, en el campo de los estudios sobre la seguridad, las investigaciones han referido a dos fenómenos en expansión creciente. Por un lado, la proliferación de autoridades regulatorias más allá del Estado, que imponen control territorial, regulaciones

sociales y ordenamientos políticos paralelos en competencia o vinculación complementaria con las instituciones formales legales; por otro, la simbiosis para generar extracción de recursos que fusionan ámbitos públicos y privados, legales e ilegales.

En ese sentido, el libro nos aporta una relevante investigación sobre los motivos, condiciones sociales estructurales, las formas de la política local y las negociaciones con los grupos de poder económico, que hicieron plausible la formación de civiles armados vinculados a las fuerzas de seguridad pública (policía militar) en la conformación de grupos de carácter paramilitar, que la prensa brasileña dio en llamar *milicias*.

Desde finales de la década de los años 50, como lo ha documentado la literatura especializada, han existido como antecedente de estos grupos armados, los grupos de exterminio, también denominados Escuadrones de la muerte.

Paes Manso, en una versión en podcast de este libro (A República das Milícias. Dos Esquadrões da Morte à era Bolsonaro, O Globo, 2022), comenta que cierta parte de la historia de Brasil se puede entender como los dos lados de un Long Play (LP), ambos productos de las condiciones histórico-sociales de larga data que se acentúan de manera distinta con la migración rural-urbana que dio origen a las megalópolis actuales hacia aquellos años. En 1958, nos dice, la cantante Elizeth Cardoso lanzó el álbum *Chega de Saudade*, inaugurando un género que expresaba ese movimiento: el bossa nova, expresión que se puede entender como el lado A de la historia. En la misma época, como lado B, también sonaba la formación de los primeros grupos de limpieza social en la zona de Leblon en Río de Janeiro. *A turma suicida*, integrada por policías en activo y habitantes del barrio, se conformó en aquellos años como reacción al crimen de oportunidad y contra el bandillaje social. Formaciones de este tipo proliferaron y se fueron complejizando dando paso al primer *Escuadrón de la muerte*: la Escudería Le Cocq (por el apellido de uno de sus fundadores Milton Le Cocq), cuyo símbolo era una calavera con un par de

tibias cruzadas. La formación de estos grupos tuvo un fuerte apoyo gubernamental bajo el periodo de la dictadura militar iniciada en 1964.

Otro fenómeno vinculado a la formación de las milicias ha sido el de los *justicieros*, personajes que suplen las funciones de resolución de conflictos o “justicia”, a través del asesinato por encargo o convicción normativa. La presencia de *hombres fuertes* que controlaban territorios por la fuerza, fue estudiada sobre todo como una forma de la cultura política regional en las zonas rurales del nordeste de Brasil hacia el siglo XIX, una suerte de señorías despóticas que se vinculaban con mandos unipersonales: el llamado *coronelismo*. Hacia los años 50 y debido a la migración rural-urbana, esta forma de organización política de los hombres fuertes se replicó ahora en la emergente urbe de Río de Janeiro, conformando un tipo de *coronelismo metropolitano*. En esos años, fue muy popular un grupo de exterminio, liderado por un justiciero que imponía sanciones y ordenaba de manera férrea el entorno, Tenório Cavalcanti, conocido como *O Homem da Capa Preta*. Vinculando impartición de justicia, control social y economía ilegal.

Una de las derivas de ese modelo de control, consolidado ya durante la dictadura militar, transitó hacia la incorporación de los batallones de policía militar en actuaciones conjuntas, que ocuparon los barrios frente a las actividades del naciente narcotráfico. El primer modelo de milicia fue la llamada *Policía mineira*; que es entendida como aquella organización policial que extorsionaba a los narcotraficantes a cambio de no detenerlos, generando un tipo de extracción de recursos que evocaba a la minería. “Para la policía minera, no importa si su objetivo es un traficante, secuestrador, ladrón de banco o de transporte. Cuantos más recursos tengan mayor será el potencial de lucro del policía y mayor su cobro extorsivo.” (40) (Traducción propia).

Posteriormente dos milicias desarrollaron su propio modelo de negocio y de vinculación política en los entornos que controlaban. La de Río das Pedras en Jacarepaguá, que vinculó el control policial con Asociaciones de barrio, y el modelo de Campo Grande y Santa

Cruz, que vinculó a la policía militar con el control del transporte público clandestino, ambas en la zona Oeste de Río de Janeiro.

En los años 60, el modelo surgido en Río das Pedras se tornó en *policía mineira* y se replicó y expandió hacia otros lugares. Los policías militares de los batallones locales tomaron esas formas que funcionaban camuflados con la asociaciones barriales locales, lo que les permitía bajar recursos gubernamentales a nivel municipal y vincularse con autoridades políticas de distintos niveles, generando relaciones clandestinas que les permitían la obtención de beneficios con las tasas de extorsión hacia las actividades ilegales del narcotráfico y la prestación de servicios de cobro y seguridad informal a los dueños del juego de lotería clandestina denominada *O Jogo do Bicho*. Hacia los años 90, esas vinculaciones y la dimensión territorial bajo su control, hicieron que comenzaran a generar clientelas electorales para políticos locales.

Como lo señala el autor, esto ha generado una especie de laboratorio específico de gobernanza política.

el dominio territorial de los milicianos se puede reflejar en votos para los políticos que los apoyan, lo que produce un comportamiento ambiguo de las autoridades en el control y combate a esos grupos. Las milicias, de esa manera, acaban funcionando como un “Estado tercerizado o subastado (77) (Traducción propia).

Ejemplo de esta tercerización o subasta, fue la vinculación de milicias activas con la Familia Bolsonaro y con la política formal. Tales fueron los casos de los milicianos y miembros simultáneos del 18 Batallón de la Policía Militar: el Sargento Fabrício Queiroz y el capitán Fabiano Magalhães da Nóbrega quienes trabajaron en el gabinete de Flávio Bolsonaro (hijo de Jair Bolsonaro, expresidente de Brasil) cuando este fue diputado en la Asamblea Legislativa de Río de Janeiro en 2003 por el Partido Social Liberal, y quien defendió desde esa posición, la legitimidad operativa de las milicias. Cabe mencionar que dichos personajes fueron identificados, con

posterioridad, como las cabezas importantes de la milicia conocida como *O Escritório do Crime*, y quienes estuvieron implicados en el asesinato de la vereadora (representación territorial de carácter legislativo vinculada al municipio) Marielle Franco en 2018.

Un hecho relevante en el surgimiento de las milicias fue que comenzaron como grupos de *autodefensas comunitarias* –algo nos debe decir para el contexto de México–, que confrontaban al narcotráfico aprovechando el temor generado por la proximidad del barrio vecino de *A Cidade de Deus* (*Ciudad de Dios*, conocida por el libro de Paulo Lins y el filme de Fernando Meirelles), bajo el control del *Comando Vermelho*.

En un inicio, el servicio ofrecido por las milicias eran mercancías valiosas como el *orden*, la *estabilidad* y la *posibilidad de futuro* en las zonas de su despliegue, entrando en alianzas con el Estado y desde luego con la policía que ellos mismos representaban y encarnaban. El servicio de seguridad precisaba de una cuota, una especie de *cobro de piso*. El modelo tuvo apoyo en un primer momento de los vecinos de la zona, dado que además la milicia organizaba fiestas y churrascos con cerveza, y controlaba el entorno a partir de la imposición de un orden paralegal en el que utilizaba una pedagogía violenta para su sustento.

Hacia la década del 2000, un cambio fundamental en el modelo de operación de las milicias se observó. Además de la *mineração* –extracción extorsiva al narcotráfico para no detenerlos–, transitaron al establecimiento de un control comercial forzado. Al percibir que podían cobrar directamente las tasas de extorsión a los pobladores de los barrios por el ejercicio de la seguridad, ampliaron su base extorsiva hacia otros segmentos, ya no sólo sobre el narcotráfico. De esta manera comenzaron a diversificar sus fuentes de ingresos a partir de incursionar en la venta de servicios además de la seguridad. Empezaron a facturar por venta de gas, venta de televisión por cable, tala clandestina, extracción ilegal de minerales, venta de internet, renta de casetas de expendio, transporte público ilegal, moto taxis, renta de hospedaje, y de acuerdo con algunos reportajes recientes publicados en la

prensa brasileña, también en el control del delivery de aplicativos (Uber Eats, DiDi, Rappi, etc.).

Un hecho relevante fue que la cuota extorsiva tendió a incrementarse y no había forma de eludirla. De tasas de 30 a 50 reales por negocio al día (alrededor de entre 7.5 a 12.5 dólares) en los años 90, se pasó a 500 reales con el paso de los años (125 dólares), con el costo de represalias por no pagar. Ese aumento predatorio hizo que la relación cordial que se había establecido años atrás, la de churrasco, cerveza y fusil, se deteriorara.

A república das milícias se constituye en un documento interesante y fundamental para entender las gobernanzas actuales, donde proliferan *zonas grises*, *contextos de mano dura*, *escenarios políticos polarizados* y donde las regulaciones sociales se ejercen en buena medida por múltiples autoridades además del Estado. El libro arroja luz sobre la compleja coyuntura electoral de Brasil en 2022 - donde la victoria de Lula da Silva aconteció en estrecho margen y en medio de protestas e intentos golpistas-, dada la documentada participación de estos grupos de milicias en la incidencia sobre el electorado bajo su control, en tanto que han sido estructuralmente apoyados bajo el gobierno de Jair Bolsonaro. Como bien lo señala Paes Manso:

La violencia, vista desde este punto de vista, adquiere un papel instrumental. Cuando se impone por la defensa de una causa colectiva, en favor de los más débiles, ayuda a garantizar el orden y la obediencia a las reglas. Como acción pedagógica. El asesinato enseñaría a otros el destino de los ladrones que se atrevían a desobedecer. Este tipo de asesinato, por tanto, era visto como un antídoto contra el robo y el narcotráfico, formas de violencia consideradas cobardes, irrespetuosas de las normas y generadoras de imprevisibilidad. Los asesinatos, vistos desde este punto de vista, pueden conducir al orden, que a su vez trae seguridad. El robo y la trata, en cambio, son sinónimos de desorden, provocando miedo y sensación de vulnerabilidad.

Por eso se crearon y aplaudieron los escuadrones de la muerte. Vendieron la idea de que eliminaban a los ladrones en nombre de la seguridad. El mismo camino fue seguido por

otros grupos, como Invernada de Olaria, Scuderie Le Cocq, la policía de Minas Gerais de Baixada Fluminense, los vigilantes de São Paulo. Todos decían matar en defensa de los débiles, pero terminaron matando en defensa de sus propios intereses. A medida que aumentaba la venta de drogas, los narcotraficantes comenzaron a armarse para permanecer en el juego. Hubo varios enfrentamientos. La violencia de estos grupos armados, traficantes y paramilitares, en lugar de promover la obediencia, estimuló reacciones, rivalidades, venganzas y una espiral de muertes. Cuando el Estado y la Justicia renuncian a sus funciones, la disputa se define por la ley del más fuerte. (p.263) (Traducción propia).

El libro permite reflexionar sobre formas de organización armada en ascenso que asentadas en los territorios, funcionan controlando, co-gobernando y extrayendo recursos de manera predatoria. Un tipo de artefacto económico-político que, en escenarios de neopopulismos de derecha, haya tierra fértil para relanzar una acumulación criminal de capital que se despliega bajo instituciones informales.

